

nunca se cansa de huir. Es una huida hacia la niñez, cuando la felicidad consistía en refugiarse entre las piernas de tu madre para “oír la cantar”, mientras preparaba la máquina de coser. *Sobre los ríos que van* no es una simple lectura, sino una experiencia o, más exactamente, una vivencia llena de ternura y melancolía. La infancia es la única patria que reconocen nuestras emociones más elementales. Lobo Antunes ha logrado un texto de enorme fuerza lírica que trasciende lo estrictamente biográfico. Al bucear en su niñez, se despersonaliza para que otros puedan acomodarse en sus palabras y sentir que el hecho estético desdibuja la diferencia entre el yo y el nosotros. No sé si le concederán el Nobel algún día, pero Lobo Antunes es uno de los grandes escritores portugueses de todos los tiempos. Pienso que se reconocería en la reflexión de su compatriota Miguel Torga: “lo que se dice poca o ninguna importancia tiene, pero el decirlo es un comienzo de fraternidad y de esperanza”.

RAFAEL NARBONA

Iniciación de un hombre. 1917

JOHN DOS PASSOS

Traducción de Camila Batlles

Gallo Nero, 1014. 162 pp. 16 e.

La ópera prima de John Dos Passos nació de sus observaciones directas en el frente francés durante la Gran Guerra, en la que se enroló románticamente este aprendiz de escritor antibelicista de 21 años más que nada “porque no quería perderme el espectáculo”. Desde el título apela Dos Passos al género del *bildungsroman*, el camino hacia la adultez recorrido aquí a través de las armas, veta abierta por su paisano Crane en *La roja insignia del valor*.

De todos los autores de la Generación Perdida, Dos Passos es quien acusa mayor compromiso político en su literatura. Evolucionó del socialismo utópico al anarquismo, abrió como Orwell los ojos al anticomunismo durante la guerra civil española y acabó apoyando la paranoia del senador McCarthy. Este primer libro suyo pertenece a la primera época, de una ingenuidad muy americana, pero también inocente y lírica.

De hecho, en su factura formal de estampas de combate —descripciones barrocas pero vívidas del hastío de la trinchera, del “coágulo de arcilla” que abrían los bombardeos, del hedor a pulpa cadáver— advertimos más paralelismos con el estilo poético del *Kaputt* de Malaparte que con el gusto por la acción de Hemingway o del soldado Jünger. En su fraseo complicado advertimos la prosa

te revelador, y procede más bien por acumulación de escenas; así, su primera novela avanza gracias a un pulso casi periodístico antes que a una verdadera trama narrativa.

Se trata en todo caso de un debut literario poderoso, un testimonio novelizado que defiende la necesidad del pacifismo desde el fango, a través del detalle costumbrista, tremebundo, que regala a puñados cualquier guerra. Muchos otros lo hicieron en aquel conflicto que este año se conmemora mediante sus fórmulas personales: la filantrópica de Saroyan (a quien recuerda este primer Dos Passos), la



ARCHIVO

primeriza, el tanteo estilístico de un aprendiz muy dotado pero aún tentado por la ampulosidad, que es el vicio original de todo escritor bisoño. Hay diálogos formidables, con un calado filosófico poco esperable del registro cuartelero. El joven Dos Passos no poseía el sentido del realismo sintético de Hemingway, su ojo para el instan-

satírica del gran Jaroslav Hašek, la vitriólica y nocturna de Céline. El futuro autor de *Manhattan Transfer* se fogueaba ya —y nunca mejor dicho— en el retrato impresionista, episódico, de la dudosa épica de la trinchera para captar más tarde, en su obra maestra, la aún más dudosa épica de la cotidianidad.

JORGE BUSTOS

mos que ha llegado bien recomendado, y enseguida el dueño de la empresa le asigna un despacho, el antiguo cuarto de aseo del director convertido en oficina, donde trabajará junto al jefe. Acto seguido le explica quién manda allí. Poco a poco, descubre que pasa más tiempo en descifrar las intrigas y relaciones con los compañeros, que en su trabajo.

La identidad de los personajes se reduce a su condición de empleados. Tras

El patrón es una fábula divertida y profunda que nos invita a pensar sobre la identidad del hombre

una criba natural de los mejores, los sobrevivientes, serán los que sepan manejarse por los vericuetos de la complicada administración, de los papeles, del control

empresarial. Todos los que hemos trabajado durante los últimos años sabemos muy bien de qué se trata. El narrador aprende rápi-

do, no sin que la conciencia, que aparece como una anticuada forma de identidad, le remuerda de vez en cuando. El jefe le presenta a su familia. Cuando entramos en

esta esfera, un poco al margen de la empresa, el argumento ofrece los mejores momentos cómicos de la obra, como la invitación del empresario a que todos los días le pongan al narrador una inyección de vitaminas, la misma que le ponen a él.

Cada mediodía, el hombre de confianza del jefe, acudirá a su oficina a ponerle la inyección. Entendemos así otro de los aspectos del neoliberalismo, la determinación de suprimir todo lo humano. Esta fábula, divertida en momentos, profunda en otros, nos invita a pensar sobre la identidad del hombre. GERMÁN GULLÓN